

Globethics Repository



Semblanza de un maestro [Portrait of a teacher]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	de Santiago, Manuel
Publisher	Asociación Española de Bioética y Ética Médica
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 07:29:19
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213821



SEMLANZA DE UN MAESTRO

PORTRAIT OF A TEACHER

MANUEL DE SANTIAGO

Comisión Deontológica, Colegio de Médicos de Madrid

Master en Bioética y Bioderecho, Universidad Rey Juan Carlos, Madrid

C/ Peña Santa 55, 28034 Madrid

manueldesantiago@gmail.com

RESUMEN:

Palabras clave:

primeros años,
vida profesional,
Georgetown
University, pellegrino
en España, muerte

Recibido: 2/01/2014

Aceptado: 15/02/2014

Se describe a grandes rasgos los datos biográficos de Edmund D. Pellegrino, su origen modesto y las dificultades para acceder a los estudios de Medicina, un breve recorrido por su vida profesional como médico internista, profesor de Medicina y escritor, sus numerosas nominaciones y cargos de la más alta responsabilidad de importantes instituciones sanitarias, escuelas de Medicina y Universidades de Estados Unidos. Se hace a alusión a su extraordinario *curriculum*, a sus innumerables homenajes, nombramientos y premios y se destaca su extraordinaria contribución a la bioética clínica. Sus últimas décadas en la Universidad de Georgetown y su contribución a la reforma de la ética médica fueron de una creatividad extraordinaria, que le llevó a alcanzar un prestigio legendario.

ABSTRACT:

Keywords:

first years,
professional life,
Universidad de
Georgetown,
pellegrino in Spain,
death

Some biographical data are given about the life of Edmund D. Pellegrino, his modest origins, his effort to get to study Medicine and an overview to his professional life as internist physician, Medicine professor and writer, besides his multiple nominations and high-responsibility appointments in healthcare institutions, medical schools and universities throughout the United States. There are several mentions of his impressive resume and of the numerous tributes he received, as well as appointments and distinctions, and finally, it is also stressed his extraordinary contribution to clinical bioethics. His last decades at Georgetown University and his creative contribution to reform medical ethics led him to achieve a legendary prestige.

1. Los primeros años

El 13 de junio del pasado año, próximo a cumplir 93 años, fallecía Edmund D Pellegrino en su casa de Bethesda, a las afueras de Washington donde residía. Precedido de la muerte de Clementine, su esposa, un año antes, a su muerte le sobreviven cinco hijos, Virginia, Andrea, Alice y Leah y su hijo Michael, dos nietos y un biznieto. Su hijo Stephen había muerto en 1980 y su hijo Thomas en 2011. La Universidad Georgetown que hizo pública la noticia de su muerte no hizo referencia a la causa del deceso. Con su muerte, no es exagerado afirmar que desaparecía uno de los fundadores de la moderna bioética y sobre todo el más importante estudioso de la ética médica de todos los tiempos. No albergo dudas de que el tiempo y la propia Medicina harán justicia a su figura, a su extraordinaria contribución al análisis de la moral médica genuina.

De Pellegrino se ha escrito que fue un “conservador”. Un conservador dialogante que gustaba de debatir las cuestiones claves de la ética médica con los mejores de su tiempo y un humanista que disfrutaba del diálogo con sus opositores liberales de mente abierta. Pero sobre todo fue hijo de una tradición moral de hombres luchadores que, ante todo, valoraban la honestidad, el coraje y la autenticidad como claves de sus vidas: impulsados a realizarse movidos por *algo* grande, por la búsqueda de un ideal, por algo muy por encima del propio interés, del propio *auto-interés* en expresión de Pellegrino. Como evidenció luego su propia existencia, Pellegrino se ganó el respeto y la consideración de muchos, incluido de aquellos de cuyo pensamiento se experimentó distante. A no dudar, su vida y su obra han dejado una huella profunda y delineado un surco orientador, un camino de retorno a la verdadera identidad de la Medicina. Un repaso a la extensa obra de Pellegrino es su mejor testimonio, el mejor calibrador de este médico insigne, humanista preclaro y gran filósofo de la Medicina.

La biografía de Pellegrino se inicia en la primera mitad del siglo XX. Nacido en 1920 en Newark, Nueva Jersey, hijo de una modesta familia italiana afincada en Brooklyn fue, como otros americanos de herencia italiana y condición católica, objeto de la contradicción. Realizó sus primeros estudios en el *Xabier High Scholl*, colegio de los jesuitas en Chelsea (Manhattan) en la promoción de 1937, donde obtuvo las máximas calificaciones. Mas, pese a su extraordinario curriculum, estuvo a punto de no poder estudiar Medicina, pues ninguna de las facultades a las que se dirigió le quiso admitir. Por fin, su padre, mayorista de comestibles, consiguió que alguien le presentase al decano de Medicina de la Universidad de New York, quien tras ver su curriculum abrió las puertas al futuro médico.

Robert Baker ha contado cómo fuera inicialmente excluido de las distintas facultades de Medicina en base a su origen italiano y católico; y de la propuesta que firmemente rechazó cuando se le sugirió modificar su apellido y retirar de él las vocales que resultaban ofensivas al *purismo* protestante de aquellos años. Su negativa a ceder a tales prejuicios y el abrazo de su origen y con-

vicciones fue, ya entonces, muestra precoz de su carácter y piedra angular donde se fue labrando, con los años, la firmeza de sus principios. Como a su muerte afirmara De-Gioia, Presidente de la Georgetown, de *Ed* —así era para sus amigos— nunca deberemos olvidar su ejemplo: su “notable capacidad para la pasión y la ternura, para la reflexión profunda y la acción decisiva, el intelecto y el corazón”.

El recorrido por su vida profesional es estimulante y parece imposible de imitar: su curriculum, difícilmente superable, aunque revisado en 2010 e incompleto, es asequible en Internet¹: numerosas nominaciones y cargos de alta responsabilidad clínica y de gestión en centros y universidades del máximo rango de Estados Unidos; unos 600 artículos y publicaciones en educación médica —una de sus grandes pasiones— en bioética y sobre todo en ética médica, en revistas profesionales de gran difusión; una veintena de libros; innumerables conferencias y homenajes académicos; doctor *honoris causa* en medio centenar de universidades e instituciones del mayor prestigio, receptor de otro medio centenar de honores, distinciones, medallas y premios, entre los que destacan el *Beecher for Life Award* del Hastings Center, el *Richard and Hinda Rosenthal Memorial Award* del American Association for Cancer Research, el *Benjamin Rush Award* de la AMA (1992) y el premio *Abraham Flexner* de la Asociación Americana de Colegios de Médicos. Pellegrino fue miembro activo de numerosas asociaciones y sociedades profesionales, del *board* de numerosas revistas de Medicina y Ética médica; y fue fundador y editor de la mas importante revista de pensamiento médico, el *Journal of Medicine and Philosophy*. Asimismo, fue miembro activo de diversos Comités nacionales e internacionales de bioética, entre ellos el *UNESCO Committee on Bioethics* (2004) y la *Pontifical Academy for Life* (1994) y obviamente miembro de honor de diferentes sociedades internacionales. El lector interesado puede acceder a la web y ampliar esta referencia meramente orientadora.

Pero su pensamiento y su obra difícilmente pueden

1 Internet: kennedyinstitute.georgetown.edu/files/Pellegrino_Full_Bibliography.pdf y kennedyinstitute.georgetown.edu/files/Pellegrino_CV.pdf (comentado 9.4.2014)

entenderse de forma ajena a las características de su país. Tampoco sin concebir el influjo de las personalidades de las dos instituciones católicas donde finalizaría su trayectoria profesional: la Universidad Católica de Washington y la *Georgetown University*. Aunque la voluntad de Pellegrino se orientó a diversas esferas académicas, el interés primordial en esta monografía se centra en destacar la última gran ambición del maestro, fruto de su amor a la profesión: idea de la Medicina como “empresa moral” y la necesidad de reconstruir la ética médica desde su origen, desde una perspectiva de convicciones morales intra-médicas y universales, huyendo de las desviaciones de cada tiempo. Desde esta perspectiva, su visión de la Medicina tiene como testigo remoto la vida y el pensamiento de algunos eminentes médicos del siglo XIX y sobre todo de principios del XX, y como inmediato el cambio en la Medicina que vivió y el proceder de los médicos norteamericanos de su tiempo. Una cuestión que, hoy día, no distancia ya ciertamente al lector europeo, al profesional de la Sanidad que vivencia y reconoce en su propio ejercicio frecuentemente los vicios, debilidades y contradicciones de la profesión *qua* profesión, a los que antes hiciera mención Pellegrino, tal es el recorrido y la tendencia que experimenta hoy la Medicina en el mundo occidental.

Como médico clínico Pellegrino alcanzó las más altas cotas. De él se dice que nunca dejó de ser médico y que atendió a enfermos hasta muy avanzada edad. Un perfil el suyo de profesional en ejercicio, de profesor de Medicina y de bioeticista de fuertes rasgos propios, que dotó de credibilidad y prestigio a su imagen pública, en un tiempo histórico revuelto y de profundos cambios en la profesión. Un hecho que, por otra parte, le mantuvo siempre cercano a la realidad, al contrario de otros bioeticistas, tal vez grandes eruditos o buenos filósofos, pero quizá ajenos a la vivencia personal del sufrimiento humano por la enfermedad, la vulnerabilidad de la existencia y la complejidad de servir a los enfermos y a sus intereses y a la vez mantener la firme decisión de no traicionar a la propia conciencia, especialmente en los médicos de convicciones fuertes.

Esta breve semblanza del gran maestro, que inicia

el esbozo de su obra escrita, de su vida y desarrollo profesional, del católico comprometido con su fe y su tiempo, de la vida en fin de un hombre que experimentó una existencia larga y una mente tan pródiga y creativa, apenas alcanza ciertamente a introducir al lector en la realidad de Edmund Pellegrino: en sus humanas ambiciones y en sus logros, en sus momentos de felicidad y plenitud y en sus tiempos de contradicción y dificultad. Aspira solo —y modestamente— a proyectar su figura y una síntesis de su pensamiento a los médicos y estudiosos de la bioética de lengua castellana, muchos de los cuales quizá ignoran su existencia. Y tal vez mejor, como secreta aspiración, a estimular a muchos profesionales de la Medicina que, quizá desencantados por su práctica, buscan una respuesta o una guía firme a la pregunta sobre qué es ser médico: para invitarles a introducirse en las inquietudes de Pellegrino, en su afán por reconstruir la ética médica y por hallarle un *nicho* propio, universal, reconocido por la sociedad, en el conjunto de las éticas de nuestro tiempo. En su esfuerzo por dotar de luz propia a la Medicina, a su identidad milenaria —incluso a contracorriente—: a “la más científica de las humanidades y a la más humana de las ciencias” —como solía decir.

2. La vida profesional

Pellegrino recibió el grado de *bachelor* en química en la Universidad de San Juan en New York y la licenciatura de Medicina en la Universidad de New York, donde primero hizo su internado y residencia (1949-50) —concretamente en el Bellevue Hospital y en el Goldwater Memorial Hospital— y después brevemente ejerció como *Assistant in Medicine*. Con posterioridad y hasta 1950 fue designado Médico Supervisor en Tb. en el *Homer Folks Tuberculosis Hospital*, pequeño hospital en la zona de Oneonta en el Estado de New York, enfermedad que conocía por propia experiencia, pues la había contraído durante su periodo de residencia: una experiencia fundamental —diría años después— en su desarrollo ulterior como médico y como filósofo. De este tiempo de iniciación clínica procede su interés por la fisiología y la medicina renal, sobre la que investigó

en su etapa de *Research Fellow* en el *Medical Center* de la Universidad de New York.

Tras un breve periodo de dos años en el cuerpo médico militar, Pellegrino se vinculó al Centro Médico Hunterdon en New Jersey (1953), como director médico de la institución y también del departamento de Medicina. Pero será en 1959 cuando se producirá su primer gran cambio profesional al trasladarse al sur de los Estados Unidos, a la Universidad de Kentucky, como profesor y director del Departamento de Medicina en el *College of Medicine* de la Universidad en la ciudad de Lexington, en la que permaneció hasta 1966. Donde se cuenta que empezó ya a enseñar ética médica a sus alumnos.

En esta fecha y con 46 años retornó a New York al ser nombrado profesor y director del Departamento de Medicina, decano de la Facultad y director del *Health Sciences Center* en la Universidad del Estado de New York en Stony Brook. Una institución de renombre que integraba investigación y educación, la fuerte vocación de Pellegrino por aquellos años. Tras la experiencia neoyorkina, el ya prestigioso internista y director de instituciones sanitarias, aceptó el ofrecimiento para un cargo similar en la Universidad de Tennessee, en Memphis, ahora también como profesor de humanidades médicas. La experiencia de la vuelta al sur de Estados Unidos finalizaría a los dos años al ser reclamado por la prestigiosa Universidad de Yale (1975) para el cargo de presidente y director del *Board of directors* del *Medical Center* de la Universidad, en New Haven.

Hasta ese momento, los sucesivos cargos y responsabilidades no restringieron al maestro en su producción escrita, cuya presencia en el mundo de la educación médica se iba haciendo muy relevante. Al autor de esta semblanza ya *le sonaban* por aquellos esos años, los nombres de Pellegrino e Ingelfinger, entre otros, pues su jefe y maestro Julio Ortiz Vázquez, catedrático de Medicina Interna de la incipiente Facultad de Medicina de la Autónoma de Madrid, en las sesiones clínicas diarias del Departamento con frecuencia hacía alusión admirativamente a sus escritos, *referatando* textos del profesor americano de las prestigiosas revistas de Medicina Interna norteamericanas de aquellos años.

Al borde de los sesenta años, en plena madurez profesional y con una creciente decantación desde la educación médica al ámbito de la moral médica, cada vez más fascinado por la filosofía de la Medicina y atento a los trascendentales cambios que la bioética estaba volcando sobre la profesión, Pellegrino recibió la invitación a presidir *The Catholic University of America* en Washington D.C. (1978). Una experiencia diferente en una institución diferente donde, a los compromisos de su alto cargo como gestor institucional y profesor de Medicina clínica y comunitaria, se sumarían los de profesor de Filosofía y Biología: El gran educador de la Medicina se reencontró así con los grandes filósofos griegos y con la filosofía anglosajona de su tiempo. A no dudar, el reencuentro académico con Tomás de Aquino y Aristóteles definirá para siempre su posicionamiento en filosofía moral, que años después formalizaría en su proyecto de reconstrucción del viejo edificio, por entonces ya cuarteado, de la ética hipocrática, dando paso a una visión moderna y atractiva de la moral médica que integraba tradición y modernidad.

El paso por la universidad católica ofreció a Pellegrino la posibilidad de encontrarse con el Papa Juan Pablo II en 1979, pues como presidente estuvo presente en la visita que éste llevó a cabo a la institución y la oportunidad así de atender al pontífice como anfitrión, principalmente en su encuentro con los profesores de la Universidad. En 1992, con ocasión de un viaje personal a Washington, tuvo la amabilidad de recibirme en su despacho de Georgetown University²; y durante una hora y con la ayuda del profesor DellOro —que facilitó nuestra conversación— la oportunidad de expresarle mi admiración por su obra y apreciar su disposición cordial, su mirada cortés y grata y sus ojos vivos —interesados— mientras seguía mis explicaciones sobre la bioética española, de la cual me interrogaba. Salí recompensado. Y confirmé su admiración por el Papa Juan Pablo II: cuyo amplio retrato enfrentaba directamente a su mesa de trabajo en su despacho del Instituto.

2 Ya en 1996 había tenido la ocasión de ser presentado a Pellegrino, con ocasión de su presencia en el Instituto de Bioética la Fundación de Ciencias de la Salud, presidido por Diego Gracia, pero no había tenido la oportunidad de alguna más cercana relación.

3. En Georgetown University

En 1982 Pellegrino fue nombrado John Carrol Professor de Medicina y Ética médica en *Georgetown Medical Center* y por fin, en 1983, director del *Kennedy Institute of Ethics*. Pellegrino se sumaba al staff de una universidad de la Compañía de Jesús —la más prestigiosa de ellas— donde prácticamente se había gestado la bioética, obviamente que junto al *Hastings Center* de Daniel Callahan en New York. Entre filósofos y teólogos de diferentes planteamientos, fascinados por aquel nuevo campo de reflexión que era la bioética, emergía un eminente clínico, un laico erudito “de clara y fiel impronta católica”, portador de una visión secular de la ética médica anclada en la experiencia del acto médico y en posesión de una larga experiencia sobre la enfermedad, el enfermo y el sufrimiento humanos. Un pensador de la Medicina que ya se había pronunciado antes, con una investigación iniciática en el discurrir de su reflexión ulterior: *A Philosophical Basis of Medical Practice* (1981).

No se puede por hoy especular sobre sus acuerdos o desacuerdos con algunas de aquellas personalidades de la Georgetown —los teólogos Albert Jonsen, James Childress, Richard McCormick, Warren T. Reich o el filósofo Beauchamps— o ante el disenso de algunos otros clérigos vinculados al Instituto, frente a la doctrina de la *Humanae Vitae* —que quizá demanda hoy de alguna objetiva información— pero pienso que Pellegrino mostró siempre una respetuosa actitud de diálogo con unos y otros y cuando no evitó toda polémica. No se sumó a la interpretación autonomista radical mas difundida del principialismo —que hacia furor en su país—; y crecientemente buscó una fórmula integradora y renovadora entre aquella nueva ética que difundía impetuosa y la ética médica genuina. Nació así la que denominó *bioética clínica*, cuya primera reacción escrita fue *For the Patients Good* (1988), un libro que, como indicaba el subtítulo de la obra, significaba la restauración de la beneficencia, del principio del bien del enfermo en la ética de los cuidados de salud y que, visto hoy desde la perspectiva de los años, implicaba su definitivo deslizamiento hacia la reconstrucción de la moralidad médica.

En *Georgetown University* y en el seno de una universidad de los jesuitas abierta y liberal, permanecería Pellegrino hasta el final de sus días. Allí consolidó su más importante obra, desarrolló sus planteamientos sobre la filosofía de la Medicina, sobre la moralidad médica, el *healing* y el *helping*, sobre la recuperación de las virtudes en la práctica de la Medicina y todo un amplísimo abanico de cuestiones de gran importancia en el diálogo con la Medicina de su tiempo. Una labor de reflexión y escritura, en su mayor parte elaborada en las primeras horas de la mañana —según se ha escrito— tecleando sobre una antigua Olivetti *typewriter*, rodeado de libros, pues poseía una biblioteca personal con seis mil volúmenes.

La trayectoria de Pellegrino en Georgetown fue siendo con los años cada vez más sólida y consolidada. En 1989, a sus cargos activos sumó el de director del *Center for the Advanced Study of Ethics* y en 1993 el de Director del *Medical Center* y del *Center for Clinical Bioethics* de la Universidad. Las excelentes condiciones físicas y mentales del maestro, su poderosa actividad intelectual y su activa presencia académica en los mas prestigiosos foros, le acarrearón un gran prestigio nacional e internacional, que le hicieron insustituible.

Por otra parte, sus acendradas convicciones, su fidelidad a la Iglesia y una secularidad comprometida, le hicieron acreedor a miembro de la Pontificia Academia para la Vida (1994), convirtiéndose en uno de los cuatro norteamericanos de entre los 40 miembros de la institución, en la que ha permanecido hasta su muerte. Un compromiso que ya en 1998 le había sido reconocido con la Medalla *Laetare* de la Universidad de Notre Dame, en Indiana, considerado uno de los honores más altos de la nación para los católicos. Finalmente, ya en el marco de la política bioética, Pellegrino fue designado miembro del *UNESCOs International Bioethics Committee* (2004) y llamado a presidir con 85 años la prestigiosa *Presidents' Council on Bioethics* (2005) la más importante institución asesora en la materia del gobierno de Estados Unidos, que transitaba en uno de sus periodos más fecundos.

4. Pellegrino en España

No tengo información acerca de la presencia de Pellegrino en España más allá de su breve presencia en Madrid en 1996, convocado por el Instituto de Bioética, de la Fundación de Ciencias de la Salud, con ocasión del Simposio sobre “Limitación de Prestaciones Sanitarias” organizado por su director el profesor Diego Gracia y en la brillante etapa de Carlos Galdón como Presidente del Laboratorio Glaxo Wellcome. Edmund D. Pellegrino, Daniel Callahan, Albert Jonsen, Mark Siegler y Henk Ten Have habían sido nombrados miembros del Comité Asesor del Instituto, del que también formábamos parte, además de algunos miembros de la institución, Manuel de los Reyes y quien esto suscribe. Del Simposium ha quedado buen testimonio en la excelente monografía del mismo nombre en la colección “Debates de la Fundación de Ciencias de la Salud”.³ Su intervención al inicio del Simposium fue para mí reveladora, por primera vez, ante mis ojos, un conocido fundador de la bioética desplegaba una verdadera lección de ética médica genuina, un acercamiento crítico al *Managed care* y su negativo influjo sobre distintos aspectos de la profesión médica en Estados Unidos. Siempre agradeceré a Gracia este primer contacto, siquiera epidérmico, con este brillante conjunto de creadores de la bioética que trajo a Madrid, que me introdujo en la complejidad y comprensión del fenómeno de la bioética y su radical diferencia con la ética que nace en el interior de la conciencia de cada uno de los médicos.

El segundo viaje de Pellegrino a España se produce a la Universidad de Navarra, en Pamplona en 2002, invitado por su amigo el profesor Herranz para inaugurar el Master de Bioética de la Universidad, organizado por el profesor López Guzmán, donde impartió la conferencia inaugural sobre “*The virtues in Medical Practice*”, como ya sabemos la esencia de su contribución a la renovación de la ética en Medicina. En el par de días que permaneció en la Universidad, Pellegrino dejó una impronta gratísima en quienes le trataron por su cordialidad y sencillez. Años después —ya con 90 años— invitado a

sumarse al homenaje a Gonzalo Herranz organizado por la OMC, remitió un breve texto lleno de afecto, donde aludía al honor que para él significaba participar en el homenaje al Profesor Herranz⁴, en el que elogiaba su obra escrita y recordaba sus conversaciones con el homenajeado, tanto en Estados Unidos como en la Academia Pontificia para la Vida —en la que coincidieron— y del que afirmó que representaba “el ideal del verdadero médico, del verdadero católico”.

Por otra parte, con independencia de su presencia en España, Pellegrino ha sido objeto de diversos estudios analíticos, aunque entre nosotros solo la introducción a su obra de Francesc Torralba “Filosofía de la Medicina. En torno a la obra de Edmund D. Pellegrino” (2001) nos ha acercado a las inquietudes del gran profesor de Georgetown... Y de toda su producción solo su libro “Las virtudes cristianas en la práctica médica” fue traducido al castellano, en este caso por la Universidad Pontificia de Comillas (2008). Un hecho que testimonia la confusión en España y quizá en otros lugares entre la bioética y la ética médica, que fácilmente se entremezclan, entre la reflexión moral plural y abierta sobre la investigación biomédica y los cambios en la Medicina, desde fuera —como un observador— que representa la bioética y que parece la concepción dominante y la ética médica genuina, en tanto que exponente de la Medicina como “empresa moral” en la concepción de Pellegrino: La visión del acto médico desde la conciencia y los valores del propio médico, en el respeto a la autonomía moral del paciente del profesional. Pienso que, tal vez desencantado e inquieto ante la metamorfosis de la Medicina que apreciaba —la crisis de identidad de la profesión y la debilidad y escasa vibración de sus intuiciones frente la decadencia ética que percibía— volcó su ánimo a la necesidad prioritaria de pensar, escribir y hablar más de ética médica. De lo que más le interesaba como profesor, como médico y como clínico.

Sabido es que rehuía el calificativo de bioeticista, no por no entender su razón de ser y su presencia viva en la sociedad, cuando por la confusión moral que ésta

3 “Limitación de prestaciones sanitarias”, Fundación de Ciencias de la Salud, Ediciones Doce Calles, SL., 1996.

4 “Desde el corazón de la Medicina”. Homenaje a Gonzalo Herranz. Organización Médica Colegial (OMC) (2013).

había hecho aflorar en la profesión médica, semiarrinconada la ética hipocrática y ausente un pensamiento alternativo, a la altura de los tiempos y de aceptación universal. Su esfuerzo por reconstruir la ética de la Medicina y dotarla de un armazón filosófico y académico, como salvaguarda de su identidad de siglos, ha sido admirable y es su legado, aunque no haya tenido hasta el momento la difusión y el eco que debiera; por otra parte un debate en torno a la sociedad que escapa a los límites de esta semblanza. No deja de producir perplejidad, desde la admiración a Pellegrino, la simplicidad con que una parte de la profesión acogió el principialismo como el bálsamo de Fierabras, trocando la grandeza del acto médico genuino —el bien de enfermo— por la autonomía, el auto-interés, la utilidad o el mero contrato de resultados o, como en otros países, por la sumisión a los intereses políticos de cada momento y cada cultura. El retorno a las virtudes del médico y a la excelencia moral del acto médico, visto y percibido desde el interior de la profesión —desde la cabecera de la cama o el quirófano— como factor determinante en la toma de decisiones es, por eso, el verdadero legado de Pellegrino.

5. Reconocimientos y muerte

Meses antes de morir, en marzo de 2013, con la presencia del anciano profesor y por iniciativa de la Universidad, tuvo lugar en Washington un homenaje a Pellegrino mediante la celebración de un Simposium denominado “Edmund Pellegrino y la ética de los Cuidados de Salud”, al que asistieron no menos de dos centenares de colegas del maestro, prestigiosos profesores —en su mayoría amigos— y alumnos de la Universidad. El Sim-

posium había sido organizado por G. Kevin Donovan —nuevo director del *Center for Clinical Bioethics*— para homenajear a su fundador de dos décadas antes y siempre alma de la institución. Tuvo como conferenciante distinguido y como moderador a Daniel P. Sulmasy, antiguo discípulo de Pellegrino y ahora Profesor de Medicina y Ética en Chicago, que la tarde anterior había impartido la *John Collins Harvey Lecture* en el seno del programa. Durante la recepción de después del Simposium, Federoff, Vicepresidente ejecutivo para Ciencias de la Salud de la Universidad y decano de la Facultad de Medicina, sorprendió a los presentes al anunciar el cambio de nombre del Centro y mostrar un retrato a óleo de Pellegrino, pintado por James Crowley, que se colgaría en la nueva *Edmund D. Pellegrino Center for Clinical Bioethics*.

El acto, sin duda entrañable, fue el remate admirativo de una Universidad que reconocía la contribución excepcional de uno de sus mas preclaros profesores y también el afecto que había sabido despertar entre sus docentes y discípulos. Tres meses después, el 13 de junio de 2013 Pellegrino fallecía y la Universidad hacía pública la noticia. Y por fin, tras los oficios del funeral, al día siguiente, en la iglesia de la Pequeña Flor de Bethesda —donde asistía a misa diariamente— enterrado en el cementerio de San Gabriel en Potomac (Maryland).

Referencias

- Limitación de prestaciones sanitarias, Fundación de Ciencias de la Salud, Ediciones Doce Calles, SL., 1996.
- Desde el corazón de la Medicina. Homenaje a Gonzalo Herranz. Organización Médica Colegial (OMC) (2013).

